



MADAMA DE BORNES SE ENCARGA DEL BILLETE DE LUISA PARA ENRIQUE.

EL LOBO Y EL CORDERO.

IV.

EL MOMENTO DECISIVO.

Mma. de Noirmont que habia pasado en cruel insomnio la noche que siguió el escandaloso incidente de que habia sido objeto, sintió por la mañana cambiarse sus sospechas en realidades al saber la salida de su esposo á hora desusada, y no teniendo cerca de sí á nadie á quien pudiera confiar su secretos escribió á Mma. de Bornes en estos términos.

«Acaba de salir mi esposo; tiemblo de adivinar la causa y el objeto de su ausencia á semejante hora, ó mas bien no me cabe duda alguna... ¡Dios mio, salvadle...! Carolina, hermana mia, vela por él, protégele, pues yo hasta he perdido el derecho de defenderle. ¡Y el imprudente Enrique! dile que le perdono, suplicándole de rodillas que no insista en perderme para siempre. A cualquier punto que vuelva mis ojos veo sangre y desdichas. Mi cabeza se extravía... son las siete de la mañana... he llorado todas mis lágrimas... ¡Si al menos me fuera dado morir!»

Mma. de Bornes contestó inmediatamente esas dos líneas.

«Mucho me afecta tu desgracia, hermosa mia. Te prometo no perder de vista á tu esposo.»

Sorprendieron á Luisa esta frialdad y este lacinismo; mas se la ocurrió si seria un medio indirecto de manifestar su amiga que no paraba mientes en lo censurable de su conducta ni en lo inoportuno de su carta. Luisa agradeció interiormente la generosa delicadeza de Mma. de Bornes por haber economizado consejos tardíos y reconvencciones humillantes.

Por la mañana se presentó Enrique en casa de Carolina, quien no rió poco al saber el singular expediente imaginado por M. de Noirmont. Aun cuando el giro que tomaba el asunto contrariase ostensiblemente sus proyectos, los sencillos terrores del conde de Pons reprimieron en sus labios las expresiones de su desprecio, y la disyuntiva de *muerto ó casado* la hubiera parecido altamente cómica, si el carácter de M. de Noirmont hubiera consentido que se supiesen intenciones de divertirse á costa ajena. Ignoraba totalmente la ignominiosa satisfacción arrancada á la pusilanimidad de su protegido, circunstancia que el narrador omitió con la mayor prudencia. Ambos consideraron la carta de Luisa como una fortuna de la que cada cual debia hacer uso segun sus miras personales. Además, Enrique de Pons se prometió en su mente servirse de ella como de un arma temible para neutralizar el efecto de la molesta declaración que M. de Noirmont poseia. Por mas que estuviese tranquilo, segun la palabra de este, acerca del uso que podia hacer de aquel testi-

monio infamante, conocia Enrique harto bien la firmeza de M. de Noirmont para dudar que cumpliria escrupulosamente todo lo que habia prometido. Por eso agotó todos los recursos de su ingenio para persuadir á Stival de que la honra de una dama era superior á todas las consideraciones; que si el desafío se verificára entre ellos ocasionaria la pérdida de Luisa; que no se sentia con la suficiente fuerza para poner en ridículo á un hombre honrado y amigo de sus amigos; que por lo demas se arrepentia de un arrebato que no habia sido dueño de reprimir, y del cual pedia un completo olvido en obsequio de un interés mas caro para su corazon que el de su propia dignidad. Sorprendido Stival de aquella repentina mudanza de lenguaje, le atribuyó á la intervencion de Luisa en aquel asunto; suposición que rechazó Enrique con una debilidad propia para darla la fuerza del convencimiento. El ofendido que no tenia otro interés en sostener un lance con Enrique que la reparacion del insulto que le habia hecho, consintió en aceptar las esplicaciones del agresor, harto sospechosas en su dictámen.

A despecho de Mma. de Bornes triunfó así la firmeza de M. de Noirmont de una odiosa trama. Cara le costaba no obstante la victoria, pues quizá habia dado un golpe mortal á su ventura. Si consiguió sofocar un lance que debia dejar mal parada su honra, adquirió en cambio la certidumbre, no de que existiesen criminales relaciones

entre Enrique y Luisa, mas si de una inclinacion secreta por parte de la última. Semejante descubrimiento llenó su alma de amargura. Con todo era menos propenso que nadie á renunciar al primer revés á una felicidad que por tanto tiempo habia acariciado en su mente. La fria severidad que desplegó en presencia de Luisa emanaba de un indómito orgullo que le prohibia aventurarse á sufrir un sonrojo por las esplicaciones que su esposa le diera. Oír confesiones, sorprenderlas, le parecia un martirio, un baldon superior á sus fuerzas: la duda implacable, la roedora sospecha le parecian aun menos temibles que los riesgos de poner en claro todo el suceso. Reducida á su esposa tal vez al finjimiento ó á la mentira para sincerarse, le parecia un espectáculo mas odioso y repugnante que profundo era el mal oculto en su pecho, despues de los indicios que tenia. ¿Como presumir que Luisa pudiese quedar airosa sin transigir con la verdad?

Sin embargo M. de Noirmont no llegó á persuadirse en sus mas crueles angustias de la entera culpabilidad de Luisa. Su amor era de una naturaleza demasiado elevada para que resistiese tamaña sospecha. Aun no se habia apagado la fé que en ella tenia, y resolvió disputársela por todos los medios al peligro que la amenazaba. Sabia que Luisa era celosa. La escena del ramillete la habia salido á las mil maravillas, pues á su esposa le afectó mucho; y esto le sugirió la idea de explotar en su provecho los celos, para despertar en aquella alma tierna el amor que la seducción podia arrancarle.

Al concebir M. de Noirmont este proyecto obedecia, tal vez sin apercibirse de ello, al deseo de libertarse del ridiculo en que caen los maridos infelices. Con efecto, el mundo ese legislador que corrompe ó asesina riendo, prescribe la venganza soñena de sarcasmo, y aconseja por ley las represalias. Recreale este sistema y dice del que lo sigue que sobrelleva con dignidad su infortunio. Resolvió pues M. de Noirmont cortejar á una dama, y acordándose de la bailarina que recientemente habia sido objeto de sus distinciones, se dirigió á ella como hombre de mundo, es decir, con las manos llenas de regalos. Era naturalmente generoso: aguardaba oír las mas exorbitantes exigencias, y de antemano se impuso la ley de acceder á todos los caprichos. Entraba en su plan hacerse visible y la prodigalidad le pareció el medio mas idóneo. No queriendo que redundase en perjuicio de Luisa aquel aumento de gastos, se propuso que saliesen de su bolsillo particular. Agotadas sus economías vendió dos caballos, despició á dos palafreneros, y disminuyó el lujo de sus trages. Luisa lo atribuyó á una pérdida en el juego, ó á la quiebra de alguno de sus deudores, y quiso tambien reducirse, mas hubo de ceder de su intento por la viva é imperiosa resistencia que opuso su marido.

No tardó Mma. de Noirmont en apercibirse del cambio sobrevenido en la existencia de su esposo rara vez entraba en su aposento, y solia retirarse por las noches muy temprano.

Entretanto Luisa vivia sola. Ignoraba absolutamente la entrevista de Enrique y de M. de Noirmont, si bien supo por Carolina que la desazon suscitada en el teatro no habia tenido consecuencias, merced á la generosidad de Enrique, quien, conmovido por su desesperacion, habia retrocedido con el fin de no comprometerla, y que ofreciendo en el holocausto de su honor en expiacion de su falta, cometida por un celo excesivo, se habia doblegado á escusarse con su en-

migo. Hizo en Luisa profunda impresion semejante conducta, y rogó á Mma. de Bornes que le diese á Enrique en su nombre las mas espresivas gracias: mas como esta observase que Enrique merecia un testimonio mas lisonjero, y que ningun obstáculo habia en otorgárselo; Luisa no vaciló en escribir algunas lineas de que se encargó su amiga con premura.

Aun cuando la intencion de aquel billete era la mas inocente, sus espresiones eran animadas, y la gratitud inspiró á la mente de Luisa un lenguaje bastante apasionado. Todo esto habia entrado en los calculos de Mma. de Bornes. Enrique hubiera deseado contestarla; pero su protectora le disuadió de ello, y para mayor abundamiento se acordó él de las prevenciones que M. de Noirmont le habia hecho.

Luisa entretanto pasaba los dias en la soledad, rara vez la visitaba su amiga, y la completa desaparicion de Enrique le parecia una prueba irrecusable de la delicadeza del amor que la profesaba.

(Continuará.)

REVISTA DE TEATROS.

En uno de nuestros anteriores números dijimos que en la Coruña se habian representado *La razon de la sin razon*, y *Porlier ó el victima de la libertad*. Nuestro corresponsal de Santiago nos comunica sobre estas dos obras los siguientes pormenores con fecha 28 de setiembre:

La compañía dramática de la Coruña acaba de poner en escena dos dramas nuevos, titulados: *La razon de la sin razon*, del jóven Neira, el cual fue llamado á la escena despues de continuadas instancias, en que tomó parte la autoridad y entre numerosos apausos, y *Porlier ó el victima de la libertad*, del apuntador de la compañía, y cuyo éxito ignoramos hasta el presente. El drama del señor Neira seguramente se repetirá en esta ciudad, donde hace un año ya iba á representarse otro tambien histórico y sobre el mismo asunto segun sabemos. Esta compañía que cuenta con tan buenos elementos, ya llegó á esta ciudad y creemos que se estrenará con el gran drama *Guzman el bueno*. Nosotros le aconsejariamos, si algo valiese nuestro dictámen, que escogiese el señor Fuentes comedias de la escuela de *Scribe y Breton*, que tambien sientan á un público que quiere enredo y gracejo por sentimiento y pasion. *Llueven bofetones ó ¿Qué hombre tan amable!!* eran un buen prólogo para asegurarse partido en esta poblacion. Heseamos hacernos cargo de las dos piezas originales que hace poco mencionamos, porque en esta provincia es un acontecimiento que llama la atencion por ser las primeras que se pusieron en escena en su capital, y solo podremos publicar, una vez que el autor nos lo permite, dos situaciones de *La razon de la sin razon*, que han merecido muy bien del público.

Cuando en el primer acto doña Leonor de tapada y esposa de Acuña, hace ver á su amante el rey don Fernando de Portugal que teme mucho porque Acuña le ha hablado de venganza, hay el siguiente diálogo bastante animado en nuestro concepto:

Leonor. — Entonces temblé, y aun tiemblo, Fernando, porque temo mucho á esos nobles envidiosos de los Tellez. Solo me alienta una esperanza... la de que no sucumbireis.

Don Fernando. — Mal me conocen, mal me conocéis vos tambien. Dentro de pocos dias revoca-

ré en público consejo ese odioso enlace.

Leonor. — Os pedirán la razon.

Don Fernando. — ¿Y cuándo le falta al rey?

Leonor. — Os llamarán tirano.

Don Fernando. — Les mostraré la ley.

Leonor. — ¿Y si los nobles se levantan, diciendo que arrebatáis á la esposa de uno de ellos, y que la lleváis á vuestra cámara, manchando las canas de un anciano?

Don Fernando. — Los nobles!! Leonor, compadecedlos. ¿Veis esos arbustos (*señalando al fondo: decoracion de jardin*) que tenaces se levantan descosos de competir con el corpulento roble donde muge la tempestad? Ellos crecieron y crecerán, es cierto, pero la menor sacudida de aquel quebrará sus endebles troncos.... (*pausa*) ¿Me habeis comprendido?...

La mas concluida escena del drama es la penúltima del acto segundo. Los dos hermanos don Juan y don Dionisio, enemigos y rivales, el uno que favorece los planes de Acuña y el otro los del rey, se encuentran y dan principio al resorte dramático del acto tercero. Don Dionisio, hijo de doña Inés de Castro, escribiera á Pacheco, uno de sus asesinos, para que le auxiliase: por esto don Juan le dice:

Don Juan. — ¿No dariais con júbilo vuestra mano á cualquiera de sus asesinos porque ya están acostumbrados á levantar el puñal al pie del trono?

Don Dionisio. — (*que se va turbando*) Teneos...

Don Juan. — Parece que temblais. ¿Queréis conmovier al populacho por ver si entre la reclamacion injusta de una revocacion os cae de palacio una corona?

Don Dionisio. — Mentís.

Don Juan. — ¿Queréis lanzar un anatema sobre Leonor para que mañana diga la historia: «esos infantes revocaron tácitamente la coronacion de su madre, porque arrojaron del trono á una segunda Inés de Castro?»

Don Dionisio. — Es que.... Esto es morir-se. (*aparte*)

Don Juan. — ¿Queréis ver aqui á Pacheco, para que sea mas certero el golpe, viendo rojo por segunda vez el puñal con que asesinó á vuestra madre? Todo esto si que es digno de un hijo de don Pedro el Justiciero!!

Hasta que concluye con este monólogo:

Don Juan.

Si supiérais que tengo vuestro destino en mis manos. (*saca el pergamino*) Corred, corred por esa oculta senda de ambicion y de gloria, que llegareis á su término. trémulo y cansado, con solo escoria en vuestras manos. Ambicion!! sueño pesado y cruel que agobia el alma, cuando se hace austera y penitente para recoger la maldad tiara de los reyes. Una corona en vuestras sienas! geroglífico dorado, cuyo reflejo sigui como un gusano á la luz, como un cristiano á la lámpara bendita. Corred, corred que yo marchó para el camino del honor, y llegaré mas presto. hallando vos en vez de una cédula de nombramiento, una carta escrita con la sangre de vuestra madre. (*Vase.*)

En la representacion, algunos papeles segun hemos sabido, no hicieron todo lo que estaba en sus fuerzas, y esto unido á que se esmeraron en la segunda del apuntador, da á entender que estaban más interesados por *Porlier ó el Victima de la libertad*. El rey (*señor Fuentes*) y el hermano don Juan (*señor Capo*) han sido los que ejecutaron su parte con conciencia. La primera dama que hacia de Leonor estuvo bastante feliz en el delirio del acto cuarto.

TEATROS.

CRUZ.

A las siete y media de la noche.

EL PELO DE LA DEHESA.

Muy acreditada comedia en cinco actos, y en verso, original de D. Manuel Breton de los Herreros, tan aplaudida en todas sus representaciones.

PERSONAJES. ACTORES.

Elisa Sras. Tabela.
Marquesa Sampelayo.
Juana Lapuerta.
D. Frutos Sres. Lombardia.

D. Remigio Caltán. (D. V.)
D. Miguel Lumberras.
Criado Caltán. (D. H.)
Intermedio de baile.
Terminando el espectáculo con un divertido sainete.

PRINCIPE.

A las siete y media de la noche.
1.º Sinfonia á completa orquesta.
2.º Se pondrá en escena la comedia nueva, original en cuatro actos, y en verso, escrita por uno de nuestros mas distinguidos literatos, titulada

LA RUEDA DE LA FORTUNA.

PERSONAJES.	ACTORES.
Marquesa	Sras. Díez.
Glara	Lamadrid.
Petronilla	Llorente.
Zenon	Sres. Romea (D. J.)
Conde	Romea (D. F.)
Duque	Sobrado.
Mauricio	Guzm. (D. A.)
D. Diego	Noen.
Keen	Perez.
Caballeros	García
Ugiéres	Paris
Portero	Sanchez.
	Lledo.
	Ornero.
	Fernz (D. J.)

3.º Gran sinfonia de Guillermo Tell

4.º Juguete bailable, compuesto y dirigido por don Angel Estrella. La música de este paso es composicion de don Manuel Martinez, profesor de la orquesta de este teatro.

5.º Sinfonia de Fra-Diavolo
6.º Terminará el espectáculo con la divertida comedia en un acto original de don Manuel Juan Diaz titulada, CALIQUIDADES.

CIRCO.

A las siete y media de la noche.

MARINO FALIERO

ópera seria en tres actos.

IMPRENTA DE BOIX.